

La economía social y el gobierno de la pobreza

Giovanna Procacci

Ex Profesora de Sociología y Teoría Social en la Universidad de Milán. Facultad de Ciencias Políticas. Miembro del CNRS-GRASS (Groupe d'Analyse et de Recherche sur le Social) de París. Miembro del Institute for Advanced Study de Princeton (Nueva Jersey) y becaria del Instituto Universitario Europeo de Fiesole. Ex presidenta de la Asociación Europea de Sociología.

Traducción realizada por Carlos Ernesto Motto, Ornela Calcagno y Alejandro Bulgarini.¹

La asistencia a los pobres es un medio de gobierno, una potente manera de contener el sector más difícil de la población y de mejorar todos los demás sectores.¹

Estamos acostumbrados a pensar en el final del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX como un momento de emergencia histórica de un nuevo discurso, la economía política, un discurso destinado a enseñarnos mucho acerca de la naturaleza de nuestra sociedad. Una de las singularidades del éxito de este discurso ha sido el hecho de que, durante todo el siglo XIX y hasta la actualidad, permanece en el *centro* de nuestra historia, terreno privilegiado para la dominación y la resistencia por igual, arena de todos los conflictos de los que son portadoras nuestras sociedades.

Pero ¿y si renunciáramos por un momento a esta certeza que ha regido con tanta regularidad nuestra visión histórica de la economía? ¿Y si, en lugar de aceptar este

¹ Presentamos a continuación la traducción de *Social economy and the government of poverty* de Giovanna Procacci, publicado en 1991 como el capítulo 7 (pág. 151-168) del libro: *The Foucault Effect, Studies in Governmentality*, editado por Graham Burchell, Colin Gordon, and Peter Miller (University of Chicago Press). El artículo fue publicado originalmente en italiano: *L'economia sociale ed il governo della miseria*, en 1978, en el N° 167-168 de la Revista Aut. Aut. (Milán, Italia) y una primera versión en inglés fue publicada el mismo año en *Ideology and Consciousness*, N°4. El artículo anticipaba parte de lo que sería su tesis doctoral en sociología: "Le Gouvernement de la Misère. La question sociale entre les deux révolutions 1789-1848", tesis dirigida por Robert Castel y aprobada en 1983, Université de Paris-VIII. La tesis fue publicada en dos versiones; en francés: *Gouverner la Misère. La question sociale en France 1789-1848*. Paris: Editions du Seuil, 1993.; y en italiano: *Governare la povertà. La società liberale e la nascita della questione sociale*. Bologna: Il Mulino, 1998. Para la presente traducción se retoma la versión en inglés de 1991, con autorización de la autora y del editor Colin Gordon. Traducción realizada por Carlos Ernesto Motto, Ornela Calcagno y Alejandro Bulgarini en el marco del Proyecto: "Historia del dispositivo de pobreza en Argentina" (R20-51) de la materia: *Dispositivos de Pobreza. Su delimitación como objeto de investigación en sociología*.

¹¹ Nota de los Traductores (N. de T.). Mantenemos el formato de las notas originales al final del artículo con números arábigos, al pie de página y con números romanos se encuentran las notas de traducción.

postulado de centralidad como algo dado e indiscutible en todo análisis, comenzáramos por plantear la cuestión de cómo esta centralidad es construida, y a qué propósitos sirve?

Al fin y al cabo, esta es la contribución esencial del análisis genealógico: el impulso de ver cada objeto que se representa ante nosotros como irreductible, cada verdad irrefutable, como el producto final de una serie de operaciones rastreables, y, en consecuencia, buscar las dinámicas de los procesos que los constituyeron. *El poder se pone en juego como un principio analítico*. Volver a la historia ya no significa desandar las vicisitudes de ciertos objetos dados, sino explorar las líneas de convergencia y de derivación a través de las cuales ciertas configuraciones específicas son moldeadas, bajo condiciones en las que se confrontan posibilidades históricas alternativas.

Una genealogía de la economía política emprendida con este espíritu debe necesariamente cuestionar la centralidad atribuida a su objeto, y este cuestionamiento conduce a una serie de claves importantes. Está, por ejemplo, el oscurantismo de la tesis centralista. La historia oficial del pensamiento económico ha destacado sus textos y temas clásicos de forma tal que descalifica a toda un área de producción etiquetada como “economía vulgar”, relegándola a los márgenes de esa historia, como representativa de las cualidades inevitablemente letárgicas, tentativas y fallidas del entorno intelectual que la acompaña. Diferenciar entre el material “noble”, que coincide con el perfil de *nuestra* verdad sobre la economía política, y el material “vulgar”, cuyas divergencias pueden ser legítimamente ignoradas, fue un procedimiento conveniente para una historiografía que ya tiene su elenco de personajes –con el modo de producción oficiando como el elemento estructural de la sociedad, principal sitio de conflicto y criterio para identificar a los protagonistas históricos– y no requiere más que ponerlos en movimiento para llegar a una valoración apropiada. Pero si lo que se pide a la historia no es revalidar lo que ya se sabe, sino ofrecernos nuevas claves sobre nosotros mismos, entonces ya no tiene sentido dejarnos desconcertar por la aversión a lo “vulgar”.

Lo que aquí se propone es un intento de mirar nuevamente este material que la historia del pensamiento económico ha relegado al olvido, y reunir los nuevos indicios que tal relectura puede ofrecernos acerca de la economía política y su relación con el proceso de formación de la sociedad moderna. Y este intento surge de una

incertidumbre inicial, una incertidumbre que ha llegado a ser ampliamente compartida y que nos ha forzado a repensar la estructura de nuestro ser social. Hemos redescubierto a los locos, los mendigos, los indigentes, los criminales, las mujeres y niños, los herejes, esas micro-poblaciones reales que la historiografía del movimiento obrero pretende reducir a categorías sociológicas; y a través de estos redescubrimientos se ha arrojado nueva luz tanto sobre ellos como sobre nosotros. Somos los herederos de su vagabundeo, de sus barriadas insalubres, de su ilegalidad, así como de toda la inventiva sociotécnica que ha sido a la vez demandada y producida por la necesidad de su socialización; porque, como escribe Karl Polanyi, “la principal correa de transmisión de la Revolución industrial no era la invención técnica, sino la invención social.”² Y esta inventiva social fue una fuerza omnipresente, aplicándose a cada foco de existencia social diversa, a través de la acción convergente de una asidua multiplicidad de técnicas novedosas o renovadas.

Pero esto no significa reemplazar el culto de un mito central de origen por el nuevo mito de una marginalidad singularmente originaria. Eso sería, en todo caso, una manera equivocada de plantear el problema. Cada elemento en esta historia puede decirse, igualmente, que ha sido central –o marginal–. Lo que pretendemos aquí es superar estas grandes categorías declarativas que sólo pueden ser empleadas para recitar epopeyas, con el fin –en cambio– de redescubrir la materialidad de las líneas de formación y transformación del campo social. Se trata de una materialidad que está compuesta, no de relaciones macroscópicas de dominación y sumisión, sino de una multiplicidad de espacios sociales tratados a nivel local, una pluralidad de modos diversos de comportamientos que requieren ser combatidos, alentados o promovidos; en este sentido, el trabajo mismo figura como un aparato tecnológico de producción de patrones específicos de sociabilidad, junto con técnicas como las sociedades de ayuda mutua, los regímenes de indemnización de accidentes laborales, la higiene y la psiquiatría. Y, en la medida en que la economía política forma un componente integral de este universo de invención, requiere ser examinada; no en términos de una oposición entre verdad y mistificación ideológica, sino de la “transformación de la sociedad” (Polanyi) que hizo posible. Debe considerarse no como una instancia imperiosa que subordina la sociedad a sus demandas, sino como un conjunto de tecnologías especiales que abrieron nuevos espacios sociales; y lo que se requiere es rastrear las vicisitudes a

las que dieron lugar estas nuevas técnicas, los desplazamientos que efectuaron, las estrategias que impulsaron y las que hicieron obsoletas.

El material “vulgar” para releer aquí es el que lleva el nombre de *Sozialpolitik* en Alemania y *économie sociale* en Francia –como también en Italia–. En este capítulo, se examinará únicamente el francés: un campo discursivo que es heterogéneo respecto de las posiciones ocupadas por sus autores, las fuentes de su inspiración y los propósitos que presenta; pero homogéneo en su ubicación estratégica a medio camino entre la vida pública y la privada, así como en sus preocupaciones.

El punto de referencia discursivo para la economía social es el discurso crítico que aparece dentro de la economía política clásica, con Malthus en Gran Bretaña y Sismondi en Francia. No entraremos aquí en un resumen extenso ni en un análisis detallado de esta relación, sino que solo señalaremos las cuestiones problemáticas que fueron retomadas por la economía social como instrumentos para volverse autónoma de la economía política clásica. La economía social fue un discurso crítico en el sentido de que partió del mismo descubrimiento de la sociedad como algo que existe positivamente, y no solamente como resultado de leyes, que tiene sus propias reglas y funcionamiento, lo que con los fisiócratas se convirtió en una doctrina esencial de la economía política; pero aquí ese descubrimiento se ha invertido y utilizado contra la propia economía política. Esta defensa de lo social contra lo económico extrajo sus argumentos centrales del análisis de la cuestión del *pauperismo*.

En este contexto, pauperismo denota, a su vez, el elemento crítico del orden socioeconómico que la economía toma como su fin –la respuesta de la sociedad a la economía– y la línea de penetración económica en la esencia evasiva de lo social. La relevancia política del discurso sobre la pobreza, para Malthus y Sismondi, como para la economía social durante la primera mitad del siglo XIX (cuya completa identidad teórica y práctica define), reside en este doble sentido de pobreza: como límite del discurso económico y como clave para la conquista económica de un nuevo continente. Por un lado, permite el refinamiento de los instrumentos de la economía política a través del análisis de las crisis y de los mecanismos de colapso y disfunción sistémicos (este análisis, sin embargo, hace avances poco significativos dentro de la economía antes de finales del siglo XIX, ni tampoco avances decisivos previos al resurgimiento de la economía social de Keynes); por otro lado, permite que los instrumentos de gobierno “económico”

estén mediados por un conjunto de herramientas más variado y flexible, que dan acceso a toda una serie de situaciones sociales que la economía política por sí sola era incapaz de gestionar. Aunque indudablemente deriva del espíritu filantrópico del siglo XVIII, la economía social elabora su problemática de la pobreza en torno a algunos temas que conectan, de una forma extraordinariamente moderna, las técnicas de una filantropía que se aleja gradualmente de las viejas perspectivas caritativas, con los problemas del nuevo orden social implantado por el industrialismo. La nueva filantropía asociada con la economía social funciona a través de métodos específicos, los cuales establecen un vínculo entre la economía política y la población distinto al del trabajo.

Esto no es decir que el problema de la pobreza haya estado ausente de los horizontes conceptuales de los primeros economistas clásicos. La economía política, que fue construida como un discurso sobre el incremento de la riqueza, nunca evadió el problema de la pobreza: “En el estadio más alto de prosperidad social, la gran masa de los ciudadanos poseerá muy probablemente pocos recursos más que su trabajo diario y, en consecuencia, estará siempre cerca de la indigencia.”³ Se piensa en las consideraciones sobre la pobreza en *Draft of the Wealth of Nations*^{III} de Adam Smith, y sobre el “salario de subsistencia” en Ricardo. Pero la pobreza aquí aparece como la contraparte de la abundancia, en el sentido de que sirve como telón de fondo en el que se desarrolla el discurso sobre la riqueza, y también como un reservorio al que se recurre continuamente para obtener sus energías, motivos y fuerzas propulsoras. La pobreza es la contraparte de la riqueza en tanto es el territorio de necesidades insatisfechas, o necesidades aún no inventadas; un territorio que extiende, indefinidamente, el símbolo de un mercado sin límites:

El apetito de alimentos está limitado en cada persona por la estrecha capacidad del estómago humano, pero (...) Lo que excede la satisfacción del deseo limitado se destina a colmar aquellos deseos que no pueden ser satisfechos y parecen ser completamente ilimitados.⁴

Como un elemento en contraposición a la riqueza, la pobreza en sí misma no tiene un significado independiente: como soporte teórico-práctico a la perspectiva de la abundancia creciente, la misión de la pobreza es hacer posible su realización. No es de

^{III} N. de T.: Refiere a correspondencia y manuscritos de “La Riqueza de las Naciones”

extrañar entonces que, atrapado entre esta lectura “económica” que la trata como un hecho de la naturaleza imposible de controlar mediante la intervención directa (“¿Qué puede hacer la ley en relación con la subsistencia? Nada directamente... Siendo suficiente la fuerza de la sanción física, el empleo de la sanción política sería superfluo.”⁵) y un régimen de administración que equivalía a una mera policía, el tema de la pobreza no encontró otra utilización: la economía política clásica no descubrió la utilidad de una *política de la pobreza*. Y sus intervenciones en la legislación que gobierna a los pobres en Gran Bretaña (Poor Law Amendment Act, 1834^{IV}) nunca miraron más allá de los objetivos de proteger el mercado laboral, aliviar al contribuyente y generalizar el trabajo asalariado como medio de subsistencia. La pobreza, para este discurso, no es un dato administrable. Y cuando Ricardo se pronuncia en contra de todas las leyes de pobres⁶, no lo hace para reemplazarlas con una perspectiva de gestión diferente. La pobreza simplemente debe ser eliminada; aunque en realidad, como hemos visto, es una parte integral del discurso sobre la riqueza.

Esta contradicción fue hecha explícita por Malthus. Su famoso ejemplo del irlandés⁷ sirve para mostrar cómo la pobreza no es el límite externo de la economía, sino su límite interno: al contrario de la “ley de los mercados” (*loi des débouchés*) que estaba siendo elaborada por Say, James Mill y Ricardo. El campesino irlandés de Malthus es testigo de la inutilidad de producir bienes para invadir un nuevo mercado si no ha existido una preocupación previa por “crear al consumidor”, ese otro producto que es de importancia tan particular y primordial. El pobre irlandés, que vive de papas y viste en harapos, aparece como la versión extrema del consumidor que necesita gestión; obstinadamente indiferente a las tentaciones del bienestar, indolente con respecto a esa actividad fundamental para el sistema económico, la expansión perpetua de “necesidades”, representa en forma caricaturesca la amenaza que acecha en los horizontes prometedores de la producción, personificando el mecanismo de las crisis de subconsumo. Si es cierto que la penuria es el punto social crítico de anclaje para el sistema económico fundado en la riqueza, no es su justificación ideológica sino la condición técnica de posibilidad de su intervención; entonces el campesino Irlandés encarna a la vez el peligro de “subversión” (el rechazo a pasar de la penuria a la

^{IV} N. de T.: Enmienda a la Ley de Pobres, mantenemos en inglés entre paréntesis por la especificidad de la referencia.

comodidad, lo que no es una transición moral sino técnico-social) y el sujeto privilegiado de la economía política en la medida que es el modelo ideal para la expansión de necesidades.

Habiendo hecho su entrada como un participante pleno en el escenario de la economía, el “pauper” está destinado también a convertirse en un nuevo objeto científico. Pero para que esto sea posible, la ciencia económica deberá ser redefinida, y ésta será la preocupación constante de Sismondi. En su polémica contra la economía política ricardiana, los tonos de Sismondi vuelven casi a los del siglo XVIII: la economía política como la “ciencia del gobierno”, en la medida en que asume la “felicidad” como su fin. Pero este resurgimiento del tema del estado de prosperidad de fines del siglo XVIII —que había sido, por ejemplo, un tema central de la “ciencia de la policía” del Cameralismo alemán— ocurre ahora en un nuevo contexto definido por la economía política; en él, la felicidad se convierte en el medio técnico para resolver un nuevo problema, el de reconciliar los grupos sociales que el proyecto económico aún en el crecimiento de la riqueza, pero que son incapaces por sí mismos de renunciar a sus antagonismos. Dada esta nueva forma de construir el problema social en términos de innovaciones técnicas de la economía política, tales como el rol productivo de la propiedad, la forma-contrato como extensión de los mecanismos de mercado para las relaciones laborales, la división del trabajo, etc., el propósito de Sismondi es dejar en claro su relevancia económica: es el propio sistema de riqueza el que está amenazado. Se dirige a los economistas para hacerles comprender lo importante que es la gestión del problema social para el futuro de su propio proyecto; aún no imagina que este problema podría constituir el origen de otra ciencia y, en este sentido, su concepción de la economía política sigue siendo similar a la de Adam Smith. Pero el problema que identifica es nuevo: el siglo XVIII ha pensado en la “felicidad” como un proyecto global, el fin de la sociedad que el poder político tenía la misión de realizar; mientras que ahora la “felicidad” aparece como parte de un proyecto articulado que pone en relación a distintos sectores de la población y toma el control de sus conexiones recíprocas. El problema del equilibrio, que sigue siendo central en la preocupación estrictamente económica⁸ de Sismondi y conduce a su desarrollo de una teoría de la crisis de la sobreproducción general que desafía la hipótesis de un ajuste automático logrado a

través del funcionamiento del mercado, en su sentido más general está enraizado en el problema del equilibrio *social*.

El nuevo problema que surge con Malthus y Sismondi es la gestión de la población; y aunque ellos lo ven como un problema para la economía política, la respuesta de hecho viene de otra parte: el problema será retomado por un grupo dispar de administradores, economistas, filántropos, médicos y otros, dando lugar a un discurso que, comparado con la economía política clásica y sus sucesores, funciona en un nivel diferente e intermedio, el del *savoir*^V.

El término *savoir* es utilizado aquí para designar un tipo de discurso que tiene una posición crucial en el universo discursivo: un *savoir* actúa como un “intercambiador” (*échangeur*) que media entre los niveles analítico-programáticos de las “ciencias” y las exigencias de intervención social directa –si esta intervención es imaginaria o real importa poco en este contexto–. Mientras que una “ciencia” comienza con la invención de un objeto de análisis, una operación epistemológica basada en la abstracción de lo real como punto de partida desde el cual desarrolla su propio “proyecto de realidad”, un *savoir* reubica el objeto delineado científicamente dentro de un campo de relaciones en el que los instrumentos del proyecto científico se ven obligados a entrar en contacto con toda la rigidez, inercia y opacidad que lo real muestra en su funcionamiento concreto. Y es precisamente en este sentido que un *savoir* puede asumir más explícitamente el punto de vista del poder, si interpretamos este último como un ejercicio de relacionar elementos externos entre sí y un principio para descifrar tal red de conexiones. Reinsertado dentro de este “campo”, el objeto del *savoir* no es ya preeminentemente un objeto científico, sino primero y ante todo un objeto sobre el cual la intervención es posible. Es en este juego de reforma y recomposición que la ciencia y el *savoir* –no uno contra el otro, sino en apoyo mutuo– convierten el discurso, a la vez, en un instrumento capaz de crear nuevos objetos y una fuente de nuevas y complejas configuraciones.

Tal *savoir* es lo que se conoce con el nombre de *economía social*. Debía hacer suya, y en lo sucesivo dar por sentada, la posición distintiva respecto de la economía política que había sido adoptada por Malthus y Sismondi. Como dijo Buret, la economía

^V N. de T.: *Savoir*: saber. En francés en el original.

había sido política porque, para los fisiócratas y para Smith, lo que se requería era una ciencia de la administración; posteriormente había llegado a limitar su objeto de análisis, cada vez más estrechamente, hasta el punto de reducirlo a la producción en sentido estricto y definirse a sí misma como la ciencia de la riqueza: “La teoría de la riqueza no puede ni debe constituir una ciencia independiente porque los hechos sobre los que descansa están indisolublemente ligados a hechos de un orden moral y político, que determinan su significado y su valor”.⁹ Junto con la “tabla de la riqueza” fisiocrática, escribió Buret, el “*tableau*”^{VI} de la pobreza” debe convertirse en un objeto de análisis económico.

La economía política y la economía social, aunque constantemente articuladas entre sí, a partir de entonces tendrán existencias separadas. Esta separación surge del reconocimiento de un objeto específico de análisis de la economía social: “Esas relaciones entre hechos morales o instituciones, y hechos industriales o el crecimiento del trabajo, son lo más importante en el estudio de la economía social.” Su verdadero objeto será, entonces, “el conocimiento de todos los medios de orden y armonía que fundaron y mantienen esta prosperidad pública, para la cual la riqueza es uno de los recursos, pero, en última instancia, sólo uno de los elementos”; por tanto, el problema es el de tratar “el bienestar moral, o el orden, y el bienestar material, o la comodidad, como inseparables”.¹⁰

Se trata aquí, en palabras de Jacques Donzelot,¹¹ de un “injerto sistemático de moralidad en la economía”, el instrumento técnico-discursivo que hace posible la conquista del pauperismo y la invención de una *política de la pobreza*. La “moralidad” no representa aquí ideología ni estrategia; uno no debe confundirse pensando que los economistas sociales son moralistas pedantes, atrapados en la nostalgia del pasado. “Moralidad” significa una mediación discursiva que permite una amplia gama de tecnologías que se ejercen sobre lo social como *comportamiento*: “Los comportamientos de las personas son su moralidad; la tarea, por lo tanto, es ofrecerles nada más que los buenos”.¹² El elemento moral es el *orden*, ese orden que la sociedad liberal descubre como una necesidad vital: “Entre libertad y orden no hay oposición, el segundo es de hecho una condición del primero”.¹³ Y el orden se enfrenta a una serie de

^{VI} N. de T.: *Tableau*: tabla. En francés en el original.

adversidades/adversarios, que la primera mitad del siglo XIX denomina “los pobres”. La moralidad es el discurso que los describe, que todavía está alejado de los discursos estadístico-matemáticos que a finales del siglo XIX hacen posible la desagregación de la noción de “los pobres” y la creación de nuevas aglomeraciones, de acuerdo con nuevos criterios; la moral es también el discurso que los une, insertándose en continuidad con el antiguo discurso de la asistencia caritativa. Pero en el espacio abierto entre esos dos momentos, este injerto de moralidad en la economía hará posible la elaboración de todo un conjunto de instrumentos técnicos de intervención.

“Debemos encontrar un remedio para el flagelo del pauperismo, o bien prepararnos para la convulsión del mundo.”¹⁴ Si la “*tableau* de la pobreza” es reconocida como la definición de un problema político urgente, ¿qué significa el “pauperismo” en este discurso? ¿Qué designa esta categoría y cuáles son sus propósitos?

Esta población flotante de las grandes ciudades... que la industria atrae y es incapaz de emplear regularmente... es objeto de gran atención e inquietud tanto para los pensadores como para los gobernantes. Y es entre sus filas donde se recluta el pauperismo, ese peligroso enemigo de nuestra civilización.¹⁵

El pauperismo es la clase de hombres perjudicados por la sociedad que, en consecuencia, se rebelan contra ella.¹⁶

El pauperismo es ese tipo de indigencia que se convierte por su extensión e intensidad en una especie de flagelo, en una molestia permanente para la sociedad.¹⁷

El pauperismo es, pues, la pobreza intensificada hasta el nivel de *peligro social*: el fantasma de la plebe; un fenómeno colectivo, esencialmente urbano. Es una población compleja (y por ello, tanto más peligrosa) que “rodea” el orden social desde adentro, desde sus *tenements*^{vii} y sus aglomerados industriales. Es un magma en el que se fusionan todos los peligros que acechan al orden social, desplazándose por canales de transmisión y agregación impredecibles e imposibles de rastrear. Es insubordinado, oculto a la mirada examinante de cualquier instancia gobernante. La definición de pauperismo, como hemos visto, no trata esencialmente de categorías económicas; más que en cierto grado de pobreza, las imágenes del pauperismo hacen hincapié, principalmente, en las sensaciones de fluidez e indefinición, en la impresión, masiva y

^{vii} N. de T.: Referencia del original en inglés. La autora utiliza el término *tenements*, el cual suele referir a viviendas arrendadas y compartidas por diferentes hogares, cuyo modo habitacional remite al de los conventillos o –en su modalidad actual– hoteles-pensión.

vaga a la vez, transmitida por la multitud de la ciudad, lo que explica todo su carácter amenazante.

Esto nos permite comprender la distinción que hace la economía social entre el pauperismo y la pobreza y cómo el discurso sobre la eliminación del primero puede ir de la mano con el discurso sobre la conservación de la segunda: “Cuando el pauperismo haya sido conquistado, sólo los pobres permanecerán, que es una cierta suma de pobreza accidental”.¹⁸ ¿Por qué la pobreza misma, como efecto de la desigualdad social, la existencia en la sociedad de ricos y pobres, no se convierte en el objeto de ataque de este discurso? ¿Por qué no se asume bajo la misma categoría que el pauperismo? Porque la eliminación de la desigualdad social no es el propósito del discurso sobre el pauperismo. Sobre esto, todos los economistas sociales concuerdan con la posición de Sismondi: “No es, de hecho, la igualdad de condiciones, sino la felicidad en todas las condiciones lo que debería ser el propósito del legislador”.¹⁹ La desigualdad nunca es tomada como un objeto de ataque, sino como un hecho “natural” e irrefutablemente dado de la sociedad industrial:

La pobreza... deriva de la desigualdad de condiciones (...) Es humanamente imposible destruir la desigualdad. Por tanto, habrá siempre ricos y pobres. Pero en un estado bien gobernado, la pobreza no debe degenerar en indigencia (...) Es de interés tanto para los ricos como para los pobres que esto sea así.²⁰

Comparado con la pobreza, entonces, el pauperismo aparece inmediatamente como “antinatural” y antisocial, una deformidad que se insinúa en ese orden natural que el discurso de la economía política, el discurso sobre la riqueza, pretendía establecer. Como terreno natural para el desarrollo de la riqueza, la fuente inagotable de la extensión de necesidades, el principio de funcionamiento técnico del proyecto social de la economía política, la pobreza fue, sin embargo, marginada por ella como tema, siendo considerada un dato fundamental, pero no analizable y ni administrable. Ajena en la concreción de su existencia al orden planificado de la naturaleza social, la pobreza solamente figuró como un contrapunto, como candidata a la negación. En estos términos, los “pobres” podrían aparecer en el escenario solo como ejemplos virtuosos de renuncia al pauperismo y de adhesión a los valores del bienestar. Estos personajes modelo fueron evocados de vez en cuando en la literatura como los pobres “respetables” o “independientes”; el mismo pensamiento acompañó las objeciones de

los economistas británicos a las Leyes de Pobres por dar estatus legal a la pobreza, y su crítica de la asistencia pública que reconoce los derechos a la pobreza o los derechos de la pobreza.

Pero junto a este discurso que ratifica la relación riqueza-pobreza y excluye al pauperismo del cuadro, la economía social participa en la formulación de un escenario diferente, donde el pauperismo es percibido como antisocial en el sentido de ser un modo de vida “hipernatural” y groseramente primitivo. Sobre la base de un análisis de las tendencias antisociales instintivas del individuo, la sociedad se presenta como una restricción inevitable: la libertad y la igualdad, tendencias innatas que pueden hallar expresión en su estado puro sólo en la sociedad “salvaje”, y allí encontrar solamente límites y obstáculos naturales, son inevitablemente frustradas y reprimidas en la sociedad civilizada: “...el hombre civilizado se abstiene cada día, cada hora, porque no debe”^{viii}. Además, “en la sociedad civilizada, las facultades desiguales al momento del nacimiento tienden a acentuarse cada vez más”.²¹ Así, si es cierto que la humanidad es espontáneamente social, esto significa que tiende instintivamente hacia una sociedad incivilizada basada en apetitos naturales; pero el instinto no impulsa a la humanidad hacia la sociedad civil: no solo falla en proveer una base natural para la cohesión, sino que la humanidad se enfrenta a sí misma y se revela como su propio enemigo “en aquellas clases sociales donde la pobreza, la ignorancia y el aislamiento han disminuido la influencia de ideas asociativas”.²² La tarea de gobernar la pobreza no será suprimir esas tendencias innatas, en la medida que proporcionan el terreno favorable para el desarrollo social –es decir, en tanto sean útiles y necesarias para el proyecto de riqueza–, sino canalizarlas para que “aspien a encontrar su satisfacción a través de los medios permitidos por el régimen social”.²³ Restricción y dirección, ambas en proporciones adecuadas, se convierten así en la base de la acción administrativa para encauzar la fuerza ajena del pauperismo, que la economía política –y su discurso del orden natural– sólo podría excluir como externa. Es un discurso en dos registros, cada uno reforzando al otro; y si la “antinaturalidad” de la sociedad se utiliza para fundar la posibilidad de un gobierno del pauperismo, el significado innovador de este discurso no puede ser

^{viii} N. de T.: La frase completa en el original francés es la siguiente: “*Le sauvage s'abstient quelquefois, parce qu'il ne peut pas; l'homme civilisé s'abstient chaque jour, chaque heure, parce qu'il ne doit pas.*” (“El salvaje se abstiene a veces, porque *no puede*; el hombre civilizado se abstiene cada día, cada hora, porque *no debe.*”).

ignorado, a pesar del lenguaje anticuado en el que se formula parte de él. Además, es verdad que, cuando Cherbuliez analiza lo que permitiría persuadir a las personas para aceptar una reducción de su libertad por el bien de la civilización, su respuesta es “la influencia de las ideas religiosas”, también es cierto que, para ilustrar lo que quiere decir con esta influencia, cita la entrada del *Dictionnaire historique* de Bayle sobre Brasil: “Incluso si también les inculcáramos sólo el Cristianismo suficiente para que sientan la necesidad de ir vestidos, esto sería de gran beneficio para la manufactura inglesa”.²⁴

Pero entonces, si no es la pobreza lo que el discurso sobre el pauperismo toma como objeto de ataque, si no es la desaparición de los pobres –el soporte indispensable de la existencia de los ricos– a lo que se dirige este discurso, ¿cuál es su propósito? Su objetivo no es la eliminación de la desigualdad, sino de la *diferencia*. Y aquí el lenguaje “moral” encuentra su significado exacto. Con el término “diferencia” quiero subrayar que el significado esencial del término “pauperismo” consiste en señalar una serie de *diferentes formas de conductas*, a saber aquellas que no son susceptibles de ser sometidas al proyecto de socialización que se está elaborando: “La indigencia es un conjunto de hábitos físicos y morales”.²⁵

El pauperismo es movilidad: frente a la necesidad de sedentarismo territorial, de concentraciones de población fijas, el pauperismo personifica el residuo de una sociabilidad más fluida, esquiva, imposible de controlar o de utilizar: el vagabundeo, pesadilla itinerante del orden, se convierte en el arquetipo del desorden y de lo antisocial: “El vagabundo, el tipo original de todas las fuerzas del mal, se encuentra dondequiera que se desarrollen actividades ilegales o criminales: es su artesano nato”.²⁶ Movilidad también significa *promiscuidad*: acoplamientos indescifrables, difíciles de utilizar como soportes cohesivos del tejido social; solidaridades espontáneas que eluden la definición “legal” o “contractual”, evadiendo cualquier intento de orientarlas hacia las metas del proyecto social. Concubinato, connivencia, solidaridades vecinales o comerciales: nuestros autores parecen incapaces de encontrar imágenes suficientemente potentes para la masa de amenazas y peligros que constituyen las barriadas pobres, constantemente susceptibles de desbordar e invadir toda la ciudad con su contaminación.

El pauperismo es independencia: el rechazo de los lazos orgánicos de subordinación, así como de todas las demás coerciones aplicadas a través del

intercambio contractual, demuestra la dificultad de utilizar la necesidad como el elemento estructurante de una nueva cohesión social, abarcando y uniendo a todos los rangos de la población en una cadena jerárquicamente constituida. Los pobres “desvergonzados”, que mantienen vivos los tipos tradicionales del sistema de alianzas y se niegan a ceder el control de la organización de su supervivencia, siguen siendo una zona impenetrable del tejido social. La crítica económica que reprocha a la asistencia pública el mantenimiento de esferas de dependencia en una sociedad organizada en torno a la “libre” disposición de uno mismo, es en realidad un ataque a los lazos sociales existentes que se consideran obsoletos, y obsoletos precisamente por la manera específica en la que median la dependencia: formando a las personas en un bloque, resistiendo a la “libre” circulación de los individuos en la red del mercado laboral, descuidando el lugar que la satisfacción de necesidades tiene derecho a reclamar. Por otra parte, el hecho de que los pobres que reciben ayuda hagan lo que desean con el dinero que se les otorga y que dispongan libremente de lo que es suyo, está bien ilustrado por las amplias descripciones de libertinaje, borrachera e imprevisión que caracterizan a este sector de la población. Otro rasgo característico es el juego de la oposición entre manufactura y trabajo a destajo: el desprecio por el criterio de los niveles de ingresos, la tenacidad con que los pobres defienden su independencia es lo que los marca como pertenecientes a la categoría de pauperismo; la discontinuidad en su conducta lleva a los autores de investigaciones sobre las condiciones de la clase obrera en la primera mitad del siglo XIX a afirmar que, cuando disponen libremente de su propio tiempo, sólo dedican la mitad a la actividad productiva, mientras que en general gastan la otra mitad en “orgías repugnantes”.²⁷

Independientes, dueños de su propio tiempo, los pobres son también dueños de su futuro: *el pauperismo es imprevisión y frugalidad*:

Podemos afirmar, como proposición general, que los trabajadores piensan poco en el mañana, especialmente en las ciudades; que cuanto más ganan, más gastan... trabajan, pero disfrutan: este parece ser el lema de la mayoría de ellos, con la excepción de los del campo.²⁸

El hábito de vivir el presente como única certeza y el rechazo a dejarse presionar por el futuro no concuerda con la “abstinencia” que Cherbuliez caracterizó como el rasgo peculiar del hombre civilizado. Todo el discurso sobre el ahorro –que durante el mismo período la economía política identifica como el principal dispositivo de

acumulación de capital– con su prometido espejismo de la independencia económica alcanzable mediante el acceso a la pequeña propiedad, encuentra aquí un obstáculo técnico; y así la introducción de la caja de ahorro, además de crear capital fácilmente disponible, tendrá la función de una tecnología de la abstinencia, difundiendo entre las masas populares ese “espíritu de la economía que es altamente desfavorable al desorden cotidiano”.²⁹ Es también la frugalidad de los pobres la que plantea el problema: ellos representan un rechazo a la expansión de las “necesidades”, una insensibilidad a sus inagotables solicitudes, a la fuente de bienestar que nunca se agota por completo. El célebre campesino irlandés de Malthus, frente a las maravillas de la manufactura inglesa, permaneció indiferente, incapaz de “reconocer” su necesidad y, por lo tanto, de aceptar una reducción adicional de su libertad con el fin de procurarse los medios para algo más que sus papas y sus harapos.

El pauperismo es ignorancia e insubordinación, y el hecho de que ambas cualidades estén conectadas está fuera de toda duda para los economistas sociales: “La naturaleza ha hecho al hombre, la educación hace al ciudadano; paguen más maestros y habrá menos necesidad de policías, y si hubiera más colegios habría menos cárceles”.³⁰ La ignorancia de la que se habla aquí incluye, sin duda, ese atraso técnico que obstaculiza la organización del trabajo (cf. los proyectos de escuelas de artes y oficios); pero mucho más inquietante es ese tipo de ignorancia que “merece ocupar el principal lugar entre las causas de la indigencia, ya que conduce a la ociosidad, la inmoralidad, la suciedad, la imprevisión, así como a muchas enfermedades e invalidez, específicamente, la ignorancia del deber y de la utilidad”.³¹ Y es precisamente esa ignorancia de sus deberes, de la necesidad de éstos, lo que provoca la insubordinación de las masas empobrecidas, lo que las empuja a las calles, lo que inspira la arrogancia de sus reivindicaciones: es esta ignorancia la que yace en el origen de su desafío al poder político, la que consideran responsable de su destino, y de su creencia en la lucha política como un posible instrumento para transformar su situación.³²

Decir que el pauperismo es esos modos de conducta puede llevar a un malentendido: no se trata aquí de determinar la “realidad” concreta de la existencia de los pobres, y menos aún de elogiar el modo de ser social que ellos expresan. No es su existencia “real” lo que se analiza, porque en este contexto discursivo el pauperismo es un pretexto: un laboratorio político para un experimento intelectual diseñado para aislar

cierta bacteria social (no necesariamente exclusiva del pauperismo) y para hacer posible la invención de técnicas adecuadas para afrontar dicha conducta bacteriana (aunque las técnicas en cuestión no estén diseñadas solo para ese propósito). La consistencia homogénea de la categoría de pauperismo, utilizada sin ninguna preocupación por desglosarla en una concepción distinta de las diversas micro-poblaciones que agrupa, indica su carácter ficticio: lo que realmente se designa con este término es, como señalamos anteriormente, el ensamble de adversidades/adversarios que confrontan el proyecto de orden social.

Tampoco se pretende aquí contraponer el mundo social de “los pobres” al mundo social del orden industrial, oponer la positividad del primero a la negatividad del segundo, como si los pobres constituyesen una respuesta política a ese orden. Toda transformación social va acompañada de fricciones inevitables a un nivel capilar localizado: lo que me interesa analizar aquí es el sitio preciso donde ocurren estas fricciones y lo que este sitio nos dice sobre la transformación que se está produciendo. No por la nostalgia de lo que hemos perdido con la invención del gobierno de los pobres; más bien por curiosidad sobre los efectos que indujo esta confrontación “histórica”, las inflexiones especiales que generó en el tejido social. No para lamentar los barrios insalubres en los que los pobres se alojan, ni las formas de alianza que se mantenían en ellos, ni para reivindicar la pobreza contra la riqueza; sino para llegar al fondo de nuestro propio presente, en cuyos orígenes el discurso sobre la pobreza demuestra haber tenido al menos tanta importancia como el discurso sobre la riqueza, y para reunir tantos indicios como sea posible sobre la naturaleza del orden social que la conjunción de estos dos discursos inspiró.

El problema de la indigencia y de la asistencia fue concebido desde finales del *Antiguo Régimen* y durante todo el período Revolucionario en el contexto de descubrimiento del vínculo intrínseco entre trabajo y riqueza por parte de los economistas.³³ A la luz de este descubrimiento, parecía que el problema podía resolverse de un plumazo eliminando todos los obstáculos al libre acceso de la mano de obra al mercado, integrando así a la población de indigentes en el ciclo productivo: el trabajo, fuente inagotable de riqueza que a su vez es fuente inagotable de trabajo, representa la clave mágica de la organización social. Para el siglo XIX, esa fe en los milagros del trabajo ya no fue posible. Lejos de lograr absorber todas las formas de la

pobreza hasta el punto de erradicarlas, el propio trabajo creó nuevas; y, como si esto fuera poco, planteó en otro nivel un nuevo orden de problemas: “El trabajo es un elemento de moralización; pero también es, o al menos es susceptible de convertirse, por el abuso de los recursos que procura, en un elemento de desorden”.³⁴ El trabajo es inadecuado como principio general de orden e incapaz incluso de resolver todos aquellos problemas que su propio orden crea: las zonas de desocupación, las grandes concentraciones de personas y de capital con las promiscuidades que potencian, las desigualdades agravadas por su organización jerárquica, los contactos íntimos que establece entre la riqueza y la pobreza, y el papel irreductible que asigna a ésta en el desarrollo de la primera. Lo que la invención de una política de pobreza significa aquí no es la generalización del orden del trabajo, la recuperación de zonas improductivas por el ciclo productivo, sino, por el contrario, la valorización de esas zonas como soportes para un modo de administración de lo social diferente al que posibilitan las técnicas vinculadas a la categoría de “trabajo”. De este modo, se constata que el discurso sobre el pauperismo abarca una diversidad de poblaciones sociales, quienes trabajan y quienes permanecen fuera de la organización de la producción, los rebeldes y los satisfechos, los que solicitan asistencia y los que se mantienen a través del sistema tradicional de alianzas, etc. Los pobres son el lugar donde se pueden aclarar los problemas que hemos señalado, y sus síntomas agrupados. Como campo de análisis, es básicamente externo al mundo de la fábrica; la fábrica no es su objetivo o su fin. La pobreza constituye un área de desarrollo de técnicas diseñadas para estructurar un orden social orgánico que, cualquiera sea la localización concreta de los sujetos de los que se ocupa, es capaz de poner bajo su gestión aquellas zonas de la vida social que hasta el momento han permanecido amorfas. Se trata de la constitución de un sujeto diferente al sujeto productivo: un sujeto “consciente de sus deberes”, un sujeto civil y político, se podría decir; no es la pobreza en tanto estigma de la *desigualdad* la que se combate, sino el pauperismo entendido como un conjunto de comportamientos, portador de *diferencias*.

¿Cuáles son las armas de este combate? Hay todo un arsenal rico y coordinado, que solo podemos examinar aquí brevemente.

La estadística, en primer lugar, sirve como técnica de desciframiento que permite desentrañar el caos del pauperismo. La caja de ahorros y la sociedad de previsión,

instrumentos de esa educación en la abstinencia y explotación del futuro para chantajear el presente, que ya hemos mencionado. El sistema de seguros. Las sociedades de ayuda mutua, la *livret* (libreta de ahorro) del trabajador, los reglamentos de los talleres, la organización de los bonos y, sobre todo, la construcción de una “aristocracia laboral” como recurso de mediación y persuasión que habilita extender la jerarquía hasta los niveles más bajos y turbulentos: el uso de supervisores, la inclusión de trabajadores en los *Conseils des Prud' hommes* (consejos de arbitraje), capataces. El régimen paternalista de relaciones cuasi-familiares entre el patrón y los trabajadores, extendido para intervenir en la educación moral del trabajador y su familia y en la organización del tiempo libre de los domingos. Una organización de la asistencia social, articulando las esferas pública y privada, que hizo posible la racionalización de la gama de actividades benéficas existentes y (lo más importante) de sus ventajas estratégicas: la asistencia se convierte en este contexto en un sacramento de moralización, control y disuasión, superando con creces las capacidades de la antigua lógica de la limosna. El eje de esta nueva forma de actividad de beneficencia es el “visitante de los pobres”³⁵, el verdadero precursor del trabajo social, el instrumento –a la vez– de distribución capilar del “socorro doméstico” y de ese “estudio del carácter” que empezaba a considerarse indispensable para la buena administración social. Una figura con un gran futuro.

Otro grupo de técnicas hace hincapié en la higiene: normas de higiene pública en las ciudades, “policía de viviendas”, normas de higiene en el lugar de trabajo, higiene en el matrimonio y en la procreación (de fama malthusiana): la higiene para estos autores es una matriz de lectura de las relaciones sociales, un sistema que sirve para canalizarlas y, a la vez, para inventar nuevas vías de circulación más “ordenadas” y más descifrables. Hay, además, innovaciones de procedencia higienista tales como los planes de vivienda obrera (ciudades mineras, por ejemplo) y colonias agrícolas, que involucran directamente el desplazamiento y reconstitución de grupos y, por lo tanto, todo un sistema de relaciones sociales inventado *ex novo*.

Otro elemento esencial es el reforzamiento de la familia, utilizada simultáneamente como una forma de estabilizar a los individuos y romper los antiguos sistemas de parentesco, pero también como un instrumento social polimorfo cuyos diferentes miembros pueden enfrentarse sucesivamente entre sí.³⁶

La educación, a través de toda una constelación de funciones específicas, constituye otro nexo tecnológico importante: la necesidad de escuelas primarias y jardines de infancia gratuitos, de disciplina interna y de personal capacitado en vigilancia (por ende, de escuelas de formación, como las *Écoles Normales*), el rol de la gimnasia y de la recreación, la reducción de las vacaciones, etc. También es esclarecedora, en ciertos aspectos, la discusión de programas de estudios, en particular en lo que respecta a la necesidad de introducir nociones elementales de economía política desde las clases primarias en adelante: “esto sería el mejor correctivo posible para los vuelos de imaginación que provoca el estudio de las letras”,³⁷ y, sobre todo, “el valor inestimable del tiempo, el alcance milagroso del ahorro progresivo, la absoluta necesidad de prudencia en las uniones conyugales, son verdades rudimentarias de las cuales el populacho es profundamente ignorante”.³⁸ La enseñanza de la economía política permite combatir la insubordinación popular de una manera más eficaz, más que con los instrumentos hasta el momento adoptados, “el código penal y la bayoneta”,³⁹ ya que su efecto es difundir las nociones fundamentales de participación en el orden social y desarrollar el espíritu de asociación como vehículo de organización disciplinaria y disciplinada de las masas.

Vemos reaparecer aquí la economía política, esta vez como un instrumento técnico adoptado por la economía social en respuesta a un problema preciso: el desconocimiento de los deberes, que era uno, y no el menos grave, de los peligros que se percibían en el pauperismo. Se trata de una interesante convergencia que nos permite, en primer lugar, reconocer cómo el objeto destinado de estas técnicas educativas no es el niño solamente: si es cierto que la escuela se concibe como un ataque a la calle con sus placeres, su movilidad, su promiscuidad, también es cierto que este discurso pretende llegar a otros sectores de la población, cuyo modo de conducta se asimila al de la infancia:

Las instituciones son impotentes contra la pobreza, pero pueden atenuarla; el medio no es la limosna, humillante para quien la recibe y repugnante para el hombre sensible, sino preparar al populacho desde la infancia para que tenga buenas costumbres y las practique en la vida posterior.⁴⁰

Infantilización de los pobres y valorización de la infancia como vehículo de socialización: las dos operaciones van juntas como soportes técnicos de una inmensa empresa de educación permanente.

La economía política también permite establecer una conexión con otro discurso. Ignorantes de sus deberes, los pobres sin dudas deben ser educados, pero también deben, sobre todo, estar involucrados en el orden al que deben integrarse: “Los hombres en general respetan más las instituciones en las que participan.”⁴¹ “Una institución no es estable si no es avalada por la opinión pública.”⁴² Por tanto, junto a la perspectiva de la tutela que brinda la infantilización, se abre aquí otra, la de la constitución del sujeto políticamente responsable, capaz de entrar en la maquinaria de la representación política. Esto indica un aspecto completamente diferente de intervención técnica, centrado en dos nociones clave de *participación* y *asociación*. La participación en la propiedad (técnica de ampliación de las clases medias) como un instrumento de implicación en la defensa del orden; la participación en los niveles intermedios del poder jerárquico como un instrumento de cooptación en las decisiones; la participación en la actividad política a través de formas asociativas como instrumento para desactivar el conflicto en el campo político; y, en un sentido más general, la asociación como vehículo de lazos estructurados y estructurantes los cuales permiten el progreso de los sujetos desde un nivel meramente individual hacia intereses comunes que reproducen a escala reducida las relaciones de disciplina y autoridad.

La pobreza, políticamente definida, constituye para la primera mitad del siglo XIX la superficie de emergencia del problema social; pero, entre esta primera aparición y el momento en que se convierte en un campo de intervención real y sistemática (las “leyes sociales” de final de siglo) y en que la economía política se redefine en conjunción con la cuestión social que habían propuesto Malthus y Sismondi, operan toda una serie de transformaciones. El pauperismo se descompone en nuevas constelaciones, y ya no será en torno a la oposición riqueza-pobreza que los instrumentos conceptuales de la economía social tomarán forma concreta: el empleo y el desempleo se convertirán en la nueva pareja analítica. Entender cómo se efectúa este paso y qué es lo que hace gradualmente a la oposición anterior inadecuada sigue siendo un problema central en la reconstrucción de las líneas de transformación y constitución de lo social, ese objeto especial del *savoir* y del gobierno. Mientras tanto, lo que me interesó aquí fue tratar de

ver cómo el discurso de la economía política fue incapaz de funcionar por fuera del binomio riqueza-pobreza, y cómo la conquista por parte de la economía social del papel de la economía política, del terreno abierto de la pobreza, se convirtió en la conquista productiva de un nuevo objeto y de una tecnología destinada a durar más que el discurso que la inició. Si el tema de la pobreza acompañó, en antífona, la celebración de los milagros del industrialismo, el gobierno de la pobreza permitió la realización de una estrategia nueva y diferente: en paralelo a la utilización de la necesidad como soporte de un proyecto social para la expansión indefinida de la riqueza, hay una estrategia para desvincular la necesidad de este programa, en el que era susceptible de actuar como principio de subversión, para utilizarla en cambio como instrumento de integración social.

NOTAS^{IX}

1. Firmin Marbeau, *Du paupérisme en France et des moyens d'y remédier au principes d'économie charitable*, Paris, 1847.
2. Karl Polanyi, *The Great Transformation*, citado de la traducción italiana, Einaudi, 1974, p. 151. [N. de T.: cita tomada de la edición en español: *La Gran Transformación - Crítica del liberalismo económico*, Madrid, La Piqueta, 1989. pág. 200]
3. Jeremy Bentham, '*Principles of the Civil Code*', en *The Works of Jeremy Bentham*, ed. J. Bowring, Edimburgo, 1843, vol. 1, p. 314. Cf. También las consideraciones sobre la pobreza en *The Draft of Adam Smith, The Wealth of Nations*, y en '*subsistence wages*' de Ricardo.
4. Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, ed. R. H. Campbell y A. S. Skinner, 2 vols, London, 1976, vol. 1, p. 181. [N. de T.: cita tomada de la edición en español: *La Riqueza de las Naciones*, Madrid, Alianza, 1996. pág. 236]
5. Bentham, '*Principles of the Civil Code*', p. 303.
6. David Ricardo, '*The principles of political economy and taxation*', en *The Works and Correspondence of David Ricardo*, ed. P. Sraffa, Cambridge, 1951-73, vol. 1, p.

^{IX} Se mantiene el formato original del citado de bibliografía, sólo agregando, cuando corresponde, las versiones en español de las obras citadas.

108. [Trad. Esp.: Obras y correspondencia de David Ricardo; Tomo I: Principios de Economía Política y tributación. México, Fondo de Cultura Económica, 1959]
7. *Principle of Political Economy*, Libro 1, Capítulo 1, sección IV. [Trad. Esp.: Thomas Robert Malthus, Principios de Economía Política, México, Fondo de Cultura Económica, 1946]
8. Cf. Henryk Grossman, *Simonde de Sismondi et ses théories économiques*, Varjaviae, 1924.
9. Antoine Buret, *De la misère des classes laborieuses en Angleterre et en France*, Paris, 1840, Introducción.
10. 'De l'enseignement de l'économie politique', *Revue mensuelle d'économie politique*, vol. 2, 1833.
11. Jacques Donzelot, *The Policing of Families*, Londres, 1979. [Trad. Esp.: La Policía de las Familias - Familia, Sociedad y Poder, Buenos Aires, Nueva Visión, 2008]
12. Louis Villerme, *Tableau de l'état physique et moral des ouvriers*, Paris, 1840, vol. 2, p. 48.
13. Charles Dunoyer, *De l'industrie et de la morale dans leur rapports avec la liberté*, 1825, p. 47.
14. Buret, *De la misère des classes laborieuses*, p. 74.
15. Ibid., p. 69.
16. De La Farelle, *Du progrès social au profit des classes populaires non indigentes*, 1847, p. 7.
17. Antoine Cherbuliez, *Précis de la science économique et de ses principales applications*, Paris, 1826, vol. 2, p. 305.
18. Cherbuliez; *Étude sur les causes de la misère*, Paris, 1853, p. 121.
19. Jean Simonde de Sismondi, *Nouveaux principes d'économie politique*, Paris, 1819, vol. 1, p. 11.
20. Firmin Marbeau, *Du paupérisme*, p. 20.
21. Cherbuliez, *Étude sur les causes de la misère*, pp. 13-14.
22. Ibid., p. 15.
23. Ibid., p. 24.
24. Ibid., p. 25.
25. Cherbuliez, *Précis de la science économique*, vol. 2, p. 305.

26. Honore Frégier, *Des classes dangéreuses de la population dans les grandes villes*, Paris, 1840, vol. 1, p. 50.
27. Villerme, *Tableau*, vol. 2, p. 66.
28. Ibid., vol. 2, p. 34.
29. François Dupin, *Progrès moreaux de la population parisienne depuis établissement de la Caisse d'Épargne*, Paris, 1842, p. 8.
30. Marbeau, *Politique des intérêts*, Paris, 1834, p. 136.
31. Marbeau, *Du paupérisme*, pp. 33-4.
32. Cf. Jerome Blanqui, *Des classes ouvrières en France pendant l'annie 1848*, Paris, 1849.
33. cf. Robert Castel, *L'ordre psychiatrique*, Paris, 1977, capítulo 3. [Trad. Esp.: El Orden Psiquiátrico – la edad de oro del alienismo, Buenos Aires, Nueva Visión, 2009]
34. Frégier, *Des classes dangéreuses*, p. 276.
35. Joseph de Gérando, *Le Visiteur au pauvre*, Paris, 1820. Traducido al inglés como *The Visitor of the Poor; designed to aid in the formation of Provident Societies*, Londres, 1833.
36. Donzelot, *The Policing of Families*, capítulo 3.
37. Michel Chevalier, *De l'instruction secondaire*, Paris, 1843.
38. De La Farelle, *De la nécessité de fonder en France l'enseignement de [l'économie politique]*, 1846.
39. Ibid.
40. Villermé, *Tableau*, vol. 2, p. 147.
41. Alexandre de Laborde, *De l'esprit d'association dans tout les intérêts de la communauté*, Paris, 1821, vol. 1, p.16.
42. *Le Censeur européen*, vol. VII, p. 296.